

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA

8



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1967

el alma que allá me tiene.  
Y vosotros, entretanto,  
altos pinos, rocas fuertes,  
sentid el mal que se acaba,  
si acaso acabarme puede.

## LA OBRA DE ALFREDO MAILLEFERT Y JOSÉ RUBÉN ROMERO

PROF. RAÚL ARREOLA CORTÉS

### I

"Ciertas cosas son azules sólo porque  
se contemplan desde muy lejos".

A. M.

ALFREDO MAILLEFERT nació en Taretan, Mich., el 24 de junio de 1889, único fruto del matrimonio del Ing. Alfredo Maillfert Olaguibel y de una hija de don Feliciano Vidales, dueño de la rica hacienda de San Marcos. Cuatro meses tenía de vida el pequeño Alfredo cuando perdió a su padre y quedó bajo el amoroso cuidado de su madre, que le procuró una educación acorde con la tradición familiar paterna, enraizada en la cultura y el espíritu franceses. En Morelia estudió las primeras letras con la maestra María Granados, que más tarde sería la madre del escritor Antonio Brambila.

Desde su infancia se estableció en Morelia, intentó hacer carrera en algunos planteles de esa ciudad, sin haber conseguido su propósito. A partir de 1917 se radicó en México y trabajó como redactor del periódico *La República*, que editaba el periodista Heriberto Barrón. En 1922 regresó a Morelia y fue maestro de Francés y de Lengua Castellana en las Escuelas Normales de Varones y Señoritas. En 1926 regresó a México y prestó sus servicios en la Oficina de Extensión Educativa de la Secretaría de Educación Pública. En 1934 renunció a su empleo y se incorporó a la docencia en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde impartió las cátedras de Francés y Literatura Hispano-americana; fue además traductor y corrector de pruebas de la Imprenta Universitaria, con cuyo sello se publicaron sus biografías breves de Vasco de Quiroga, fray Servando Teresa de Mier y Dr. Miguel Silva (1936). A fines del mes de julio de 1937 apareció su libro *Laudanza de Mi-*

choacán, también en edición de la Universidad Nacional. En la Biblioteca del Estudiante Universitario se editó un tomo de *Cuentos, Crónicas y Ensayos*, de Manuel Gutiérrez Nájera, tío de Maillfert, ya que el *Duque Job* había casado con Cecilia Maillfert Olaguíbel, hermana de su padre, y nuestro autor escribió un interesante prólogo. La Universidad Michoacana conmemoró en el año de 1940 el IV Centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás con diversas publicaciones, entre las cuales figuró la edición de *Ancla en el Tiempo (Gentes y Paisajes)*, en una bellísima edición moreliana.

Minado por la enfermedad, el gran escritor falleció en la ciudad de México el 12 de agosto de 1941. Después de su muerte se han publicado diversos trabajos que reúnen artículos, prosas, fragmentos, notas críticas y registros de lecturas, tales como *Los Libros que leí*, con prólogo del maestro Agustín Yáñez (Imprenta Universitaria, 1942), y *Una Historia que Contar, Papeles de un Provinciano* (Jus, 1946), así como numerosos estudios y artículos de reconocimiento a los méritos intelectuales de este extraordinario escritor michoacano.

## II

"Por los caminos de Michoacán transitan las amapolas del silencio".

J. R. R.

José Rubén Romero nació en un poblado michoacano, Cotija de la Paz, el 25 de septiembre de 1890. Allí radicó su familia hasta el año de 1897 en que se trasladó a la capital del país, donde permaneció durante siete años, al cabo de los cuales regresó a Michoacán, instalándose en Ario de Rosales (1904-1906). El joven Romero tuvo necesidad de trabajar para ayudar al sostenimiento de su familia. En 1906 emprende un viaje a El Oro, México, buscando colocación; por fin encuentra plaza de burócrata y se inicia como Administrador de Rentas en Sahuayo (1908). El subprefecto de Santa Clara, Salvador Escalante, le confía el cargo de Secretario en 1910, poco antes de lanzarse al movimiento revolucionario como jefe de un amplio grupo de campesinos. Más tarde, Romero ocupa el cargo de Receptor de Rentas en la misma población cuando Escalante era ya un famoso general. En 1912 obtiene Rubén un empleo en Morelia, en el despacho del Dr. Miguel Silva, primer gobernador revolucionario del Estado. Después de la caída y muerte del señor Madero, el Dr. Silva dejó el gobierno en manos de los esbirros del

huertismo, generales Alberto Dorantes y Alberto Yarza, quienes sucesivamente ocuparon el cargo; con la llegada del general Jesús Garza González al gobierno, la persecución contra los maderistas y silvistas se recrudeció, y Romero tuvo que abandonar el Estado, yéndose a la ciudad de México; un corto viaje a Morelia estuvo a punto de costarle la vida. En plena revolución, Romero y su familia se radicaron en Tacámbaro, hasta 1919 en que los bandoleros asaltaron el comercio de su propiedad. Desde entonces vivió en la capital de la República. Aquí fue Secretario Particular del Ing. Pascual Ortiz Rubio (1919); Inspector General de Comunicaciones (1920); jefe del departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores (1921); jefe del departamento administrativo de la misma Secretaría (1924-1930); cónsul general de México en Barcelona (1930-1933); director de la oficina del Registro Civil (1933-1935); nuevamente cónsul general de nuestro país en Barcelona (1935-1937); Académico de la Lengua (1935); Embajador de México en Brasil (1937-1939); Rector de la Universidad Michoacana (1943-1944); Embajador de México en Cuba (1939-1945); desde 1946 fue consejero de la Presidencia de la República y se dedicó a organizar reuniones culturales de importancia como el Congreso de Academias de la Lengua Española (1951). Falleció el 4 de junio de 1952.

Comenzó a publicar poemas y prosas desde sus años juveniles. Su bibliografía, por tanto, es extensa: con Luis Murguía Guillén publica el periódico *Iris* y en él aparecen sus primeros poemas; luego vienen sus folletos y libros; *Fantías* (1908); *Rimas bohemias* (1912); *Hojas marchitas* (1912); *La musa heroica* (1915); *Cuentos rurales* (1915); *La musa loca* (1917); *Alma heroica* (1917); *Sentimental* (1919); *Mis amigos, mis enemigos* (1921); *Tacámbaro* (1922); *Versos viejos* (1930); *Apuntes de un lugareño* (1932); *Desbandada* (1934); *El pueblo inocente* (1934); *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936); *La vida inútil de Pito Pérez* (1938); *Anticipación a la muerte* (1939); *Una vez fui rico* (1942); *Breve historia de mis libros* (1942); *Morelos* (1942); *Rostros* (1942); *Alusiones a la guerra* (1943); *Algunas cosillas de Pito Pérez que se me quedaron en el tintero* (1945); *Rosenda* (1946); *Viaje a Mazatlán* (1946); *Cómo leemos El Quijote* (1947); *Mis andanzas académicas* (1950).

Las *Obras Completas* de este gran escritor mexicano se han reunido, aunque con grandes omisiones, por la Editorial Oasis (1957), y por la Editorial Porrúa (1963). El Dr. William O. Cord, del Sonoma State College, ha publicado los *Cuentos y Poesías inéditos* de José Rubén Romero (1964).

A primera vista ambos escritores representan polos opuestos en el campo de la literatura nacional. Maillfert es de una delicadeza y una finura exquisitas, en tanto que Romero es un relator de picardías, escritas sin aliño, y es una especie de cronista de los "pueblos rabones".

Si nos colocáramos en el plano de las comparaciones y de la fantasía, diríamos: si don Alfredo hubiera sido músico nos habría brindado piezas íntimas, gavotas para que alguna María de villorrio las tocara en el piano junto a la verdosa ventana que cae sobre una plazuela sombreada y húmeda; don Rubén nos hubiera dado una marcha estrepitosa, de esas que ejecutan las bandas de pueblo, desafinadas y alegres, con sus sonos picarescos e intencionados, o hubiera sido el compositor de una sinfonía sustantiva, como aquella que el maestro Revueltas escribió sobre los caminos de México.

Siguiendo este planteamiento comparativo, si ambos hubieran sido pintores, el poeta de Taretan aparecería como un miniaturista de tonos delicados y vagos, un pintor de cuadros de caballete con atardeceres crepusculares y desvanes con luz opaca y fina que se filtrara por un enrejado atestado de flores; el poeta de Cotija hubiera sido un muralista grandioso en cuyos trazos vigorosos encontrarían acomodo los hombres-cumbres junto al pueblo-masa, las tradiciones de nuestra historia y nuestra cultura junto a las imágenes obscenas de agrio sabor popular.

Mas nuestro propósito no es enfrentar a estos dos escritores mexicanos sino estudiarlos, tratar de encontrar las raíces de tan frondosos y cobijadores árboles, cuyos frutos son motivo de orgullo para las letras nacionales.

Existen varias circunstancias que los aproximan, varios puntos de contacto, que son evidentes también al primer examen. Uno de ellos es el de haber consagrado la totalidad de su obra a su tierra natal; ninguno de ellos salió espiritualmente de su amada provincia, y por esa devoción alcanzaron los linderos de la universalidad. Hasta en sus obras más extrañas, ambos escritores tuvieron los ojos puestos en Michoacán; por ejemplo, en las novelas *Una vez fui rico* y *Anticipación a la muerte*, de Romero; y *Los Libros que leí*, de Maillfert. En medio de la feria de vanidades de las grandes urbes o en el recato de las lecturas de autores clásicos españoles, franceses o ingleses, siempre tuvieron a la mano la sabrosa e ingenua comparación con el paisaje nativo.

Otra línea de contacto: la fecha de nacimiento, casi igual en los dos. Maillfert nació en 1889, y Romero en 1890. La fecha del nacimiento de un escritor no es un dato carente de importancia en el estudio de las influencias

literarias; esa señal, que marca el comienzo de una vida, sitúa al individuo en el tiempo y en su época, frente a los problemas que fueron comunes a su generación en un pueblo determinado. Así que estos dos escritores fueron contemporáneos y coetáneos.

Ahora examinemos la línea de su formación literaria. Pero antes recordemos, a grandes rasgos, cuál era la situación en que se encontraba nuestra literatura nacional cuando estos dos mexicanos nacieron. Eran los años del apogeo de la dictadura porfirista, que impidió el desarrollo económico y cultural del país, propició la deformación o el olvido del arte popular, entregó los bienes de la cultura a los representantes del descastamiento, y creó una atmósfera de falsa corte, oropelesca y absurda frente a la miseria y el hambre de las mayorías. Ermilo Abreu Gómez, en una de sus memorables cartas —la que escribió a Juan Marinello—, sintetiza aquella situación en este párrafo: "Se copian, entonces —dice—, gustos exóticos, particularmente de Francia. Se fabrican casas con manzardas para que caiga la problemática nieve de nuestro cielo estéril. Se construye un Teatro Nacional para un género que no existe y para una nacionalidad que no logra definirse. Se inventa un Palacio Legislativo para un gobierno que se burla de los reglamentos de policía. En el Conservatorio de Música trata de conservarse no la música autóctona y de incorporarla al acervo nacional y de elevarla a un nivel más alto, haciendo factible su estilización y gobierno técnico, sino que se dedica a repetir la música de Europa. El espectáculo oficial es la ópera italiana. Y en las antecámaras ministeriales los pintores y los oradores disfrazados de griegos, hablan de ágoras y pintan decoraciones con la estampa del Partenón. La dictadura es una corte. Es una democracia con casaca. Se vive en perpetua mascarada".<sup>1</sup> Este párrafo es, como dijimos, una síntesis del estado cultural y político de aquel período.

Afuera de aquellos salones donde la cortesanía recortaba las siluetas versallescas, estaba el México de rompe y rasga, de güarache y corrido, de arraigo y autenticidad, al que muy pocos escritores miraban con curiosidad y hasta con algo de lástima. "...desde hacía muchos años, latían las heces humanas de una patria desvirtuada y corría un ancho y desbordado torrente de mexicanidad cuyos hontanares estaban punto menos que inexplorados y a ningún escritor que estimase su producción dentro de los cuadros distinguidos de su tiempo se le hubiera ocurrido recurrir", dice Mauricio Magdaleno.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> ERMILO ABREU GÓMEZ. Carta a Juan Marinello, en *Clásicos, románticos y modernos*. Ed. Botas, México, 1934, p. 194.

<sup>2</sup> MAURICIO MAGDALENO. Prólogo a *Pueblo y Canto*, de ANGEL DEL CAMPO. Biblioteca del Estudiante Universitario, México, 1939, p. IX.

Naturalmente que aquella situación anormal no podía prolongarse más tiempo que el necesario para que madurara el descontento de las mayorías nacionales. Se desbordó la rebelión contra aquella monstruosidad y sobrevino la Revolución de 1910.

Siempre me ha parecido altamente dramática aquella página de la novela emérita de don Mariano Azuela, *Los de Abajo*, donde nos presenta el cuadro de saqueo y violencia en una mansión aristocrática, a la que penetran los rebeldes, pues "no tienen más que escoger la casa que les cuadre y ésa agarran sin pedirle licencia a naiden". Aquel es un cuadro dramático que amerita cierta atención. Los rebeldes, los hombres que "le pusieron la barriga a las balas", destrozan los muebles y cortinajes de aquella lujosa residencia: "...se mantuvieron atónitos contemplando los montones de libros sobre la alfombra, mesas y sillas, los espejos descolgados con sus vidrios rotos, grandes marcos de estampas y retratos destrozados, muebles y bibelots hechos pedazos". "Afuera en un ángulo del patio y entre el humo sofocante, el Manteca cocía elotes, atizando las brasas con libros y papeles que alzaban vivas llamaradas". "¡Qué sudaderos para mi yegua!... —dijo la Codorniz— y de un tirón arrancó una cortina de peluche, que se vino al suelo con todo y galería sobre el copete finamente tallado de un sillón". "¡Mira tú... cuánta vieja encuerada! —clamó la chiquilla de la Codorniz, divertidísima con las láminas de un lujoso ejemplar de *La Divina Comedia*. Esta me cuadra mucho y me la llevo. Y comenzó a arrancar los grabados que más llamaban su atención".<sup>3</sup>

Estas páginas amargas, de violencia y destrucción, pertenecen a la historia de la cultura. Aquí describió Azuela no sólo un acto de pillaje, sino el cuadro de una substitución cultural. Aquellos objetos de arte, testimonios del confort y de la vida refinada; se habían levantado en medio de la miseria, la ignorancia y el analfabetismo de las grandes masas del pueblo. ¿Qué sabían aquellos hombres rudos e impulsivos, de papeles, retratos, libros o estampas, si estaban al margen de la civilización? ¿Qué otra cosa podía esperarse de ellos sino la destrucción inconsciente de aquellos objetos que nada decían a su sensibilidad?

Cuando la Revolución Mexicana se inició, nuestros dos escritores michoacanos andaban por los diecinueve años. Maillfert se encontraba recluido en Morelia; se inscribió en el Seminario y en el Instituto del Sagrado Corazón, pero no avanzó en sus estudios; en su casa, donde la prematura muerte del padre había prendido negro crespón desde que el único hijo tenía cuatro meses; en su casa recibió clases particulares; su abuela paterna lo ins-

<sup>3</sup> MARIANO AZUELA. *Los de Abajo*. Ed. Botas, México, 1944, pp. 145-146.

cribió a revistas francesas; y el joven se acogió a la lectura sin plan ni orden alguno, y participó discretamente en la vida bohemia de esa ciudad.

Rubén Romero era por aquellos años un jovencito delgado, nervioso e imaginativo, metido en bajos menesteres de la burocracia para contribuir al sostenimiento de su familia, en donde la desgracia apareció por el lado de la penuria económica. Escribía versos de romanticismo trasnochado y "muy originales cuentos típicos, copiados de la vida real", como asienta un comentarista de aquellos años. Parece que tenía prisa por vivir, y con un cinismo simpático cuenta sus primeras aventuras políticas y amorosas, en un conmovedor estilo de confesión íntima. Bajo la sombra de Salvador Escalante y de su propio padre, el jovencito Romero se afilia al movimiento revolucionario, en el que no disparó ni una bala ni participó en ninguna batalla. Sin embargo, aquellos hechos nutrieron su espíritu y orientaron sus incipientes letras.

Las primeras lecturas marcan una huella que difícilmente borran los años. Maillfert leyó a los clásicos españoles, particularmente a los místicos, que le dejaron su espiritualidad; y a los novelistas costumbristas del XIX, que habrían de depositar en su estilo el amor al paisaje.

En el prólogo que escribió para el tomo dedicado a su pariente Manuel Gutiérrez Nájera, en la Biblioteca del Estudiante Universitario, Alfredo Maillfert se retrata a sí mismo. Lo vemos en una fresca mañana de la ciudad de México, allá por el 1905, sentado ante una mesa del Café Concordia; desde su mesa descubre una cortinilla de terciopelo rojo y se pone a mirar "el movimiento de la calle"; los personajes y carruajes que mira pasar le recuerdan aquel mundo en que vivió el Duque Job, y que el joven añora con el perfume de su gardenia inseparable. Pero, enseguida, el prologuista descubre sus preferencias y habla de la formación de Gutiérrez Nájera como si quisiera hablarnos de la suya propia, destacando que la "Poesía es técnica, Poesía es estudio. Poesía es disciplina". "Debemos individualizarnos, pero dentro de nuestra tradición literaria". Y acentuaba el hecho de que "los más conspicuos maestros del Duque Job están del otro lado del mar". Con esto trató de afirmar que las influencias extrañas carecen de importancia cuando se tiene el corazón puesto en la patria.<sup>4</sup>

Al hacer la selección del Duque Job, Maillfert incluyó aquellos cuentos, crónicas y ensayos en donde su antepasado se acercó más al paisaje mexicano. No olvidó el antologista —¡cómo iba a olvidarlo!— las páginas que Gutiérrez Nájera dedicó a Morelia y a Pátzcuaro, aunque no sean de lo mejor que produjo aquel autor.

<sup>4</sup> ALFREDO MAILLEFERT. Prólogo a *Cuentos, crónicas y ensayos*, de MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA. Biblioteca del Estudiante Universitario. México, 1940, pp. IX-XXVII.

De Europa vino la luz más esplendente de la poesía que hemos dado en llamar Modernista, y que algunos llaman simplemente Neo-romántica. Gutiérrez Nájera es reconocido como uno de los precursores de aquella corriente literaria. Del mismo origen fue el ángel que voló por las páginas cordiales de Maillfert. Un autor, particularmente, parece llenar las condiciones del maestro: Francis Jammes, a quien leyó y releyó en las tardes soleadas frente al paisaje del Quinceo, o con los resplandores del crepúsculo en una banca del solitario jardín de las Rosas, donde se oyen pasar las horas con su cortejo de melancolía.

La madre de Rubén Romero era lectora constante y ávida de *El Quijote*. Entre los recuerdos de su infancia, don Rubén conservó el de aquel libro magistral, que fue su primera lectura. En las páginas cervantinas nutrió su estilo como en una fuente de frescas aguas. Su inclinación hacia los personajes populares, su lenguaje desprovisto de alifanfanes, la picardía que señorea en sus páginas, su preferencia por los términos rotundos y las palabras gruesas que adornan al idioma castellano, y hasta cierto regusto por los temas de la justicia y el equilibrio sociales, ¿no son el resultado claro de un cervantismo estilístico en la obra de nuestro novelista? Con mucha razón, cuando la Academia Mexicana de la Lengua quiso recordar a Cervantes, con motivo de su centenario, señaló a don Rubén para que hablara sobre el autor y la obra inmortales, de donde resultó ese magnífico ensayo que se llama: *Cómo leemos el Quijote*.<sup>5</sup>

Hasta aquí podría pensarse que hay un antagonismo irreductible entre los dos escritores. Uno con un gusto francés, otro con un gusto español. Uno con Jammes y con su correspondiente "Azorín"; otro con el libro de Cervantes a la cabecera. Sin embargo, veamos cómo, en mi modesta opinión, ambos autores se hermanan en aspectos muy hondos de su sensibilidad y en la proyección de su obra fundamental.

El Neo-romanticismo tuvo en Michoacán su generación representativa. En ella se encuentran, por su propia definición, algunos de los mejores poetas michoacanos modernos: Donato Arenas López, Alfredo Iturbide, José Ortiz Vidales, y otros destacados autores. En compañía de ellos, o bajo su influencia decisiva, ya que ellos murieron en los primeros seis o siete años del presente siglo, un grupo de jóvenes continuó y afinó los principios de aquella escuela. Entre esos jóvenes estaban Alfredo Maillfert y José Rubén Romero.<sup>6</sup>

En su libro *Ancla en el Tiempo*, Maillfert se refiere a Romero, al que conoció cuando estaba "recién llegado de su pueblo y de las poesías de Béc-

<sup>5</sup> JOSÉ RUBÉN ROMERO. *Cómo leemos El Quijote*. Discurso. México, 1947.

<sup>6</sup> Vid. RAÚL ARREOLA CORTÉS. *José Rubén Romero, vida y obra*. Colección de Autores Modernos. Columbia University, Nueva York, 1946.

quer y Acuña". Seguramente que ello ocurrió en aquella ocasión en que invitaron al pueblerino para que perteneciera a un Ateneo Literario; atraído por la fama y con el deseo de sobresalir rápidamente, Romero se trasladó a Morelia y encontró que el Ateneo —que él imaginaba solemne y campanudo— era sólo una tienda de abarrotes como las de su pueblo, donde los miembros recitaban versos de pie sobre los bultos de maíz o sobre las rejas de ocote.<sup>7</sup>

El modernismo latinoamericano coincidió con el surgimiento de la Generación del 98 en España; aquella generación a la que dieron lustre el pensamiento de Unamuno, la poesía de Juan Ramón y Antonio Machado, la prosa de Azorín y Baroja, el preciosismo de Miró, el esperpento de Valle Inclán, y el teatro de Benavente. Con el signo unamunescos de *¡Adentro!* intentó esta generación europeizar a España, salvarla de su aislamiento, en el cual encontraban la causa de su fracaso como nación poseedora del más grande imperio colonial que hayan conocido los siglos. Pero aquella generación frustró sus propósitos renovadores de la vida pública española y concluyó convirtiéndose en una brillante generación literaria.

El maestro Pedro Salinas, en un ceñido ensayo sobre la Generación del 98, afirma: "... para mí el signo del siglo XX es el signo lírico; los autores más importantes de ese período adoptan una actitud de lirismo radical al tratar los temas literarios. Ese lirismo no de letra, sino de espíritu, se manifiesta en variadas formas, a veces en las manos esperadas, y él es el que vierte sobre novela, ensayo, teatro, esa ardiente tonalidad poética que percibimos en la mayoría de las obras importantes de nuestros días".<sup>8</sup>

La obra novelística de don José Rubén Romero no es solamente popular y realista, picaresca y áspera, como se ha venido diciendo. Basta el examen de algunas de sus mejores páginas para descubrir esa "ardiente tonalidad poética", de que habla el maestro español. No son páginas de un realismo fotográfico o de un costumbrismo convencional, pues si algo ha mantenido su vigencia en el espíritu del pueblo mexicano es su poderoso aliento lírico, del que encontramos hermosas muestras en sus novelas.

En *Apuntes de un Lugareño*, su primera obra en prosa, encontramos, seleccionados al azar, estos párrafos:

a) "Amapolas en la tamacua junto al rastrojo recién segado; tejocotes de amaranto rodando al azar, para que los caballos con su bracco garboso jue-

<sup>7</sup> ALFREDO MAILLEFERT. *Ancla en el tiempo. Gentes y paisajes*. Universidad Michoacana, Morelia, 1940. Una segunda edición de este libro, por la misma Universidad: 1963.

<sup>8</sup> PEDRO SALINAS. *Literatura española siglo XX*. 2a. ed. Lib. Robredo, México, 1949, p. 34.

guen, como chicos, a las canicas; secas barbas de pino que cuelgan como encajes de Bruselas; polvo de oro en el sendero. . .”

b) “Transparencias de tul. Vagas claridades de ópalo. Cuando nosotros llegáramos a la plaza, peinábanse los fresnos con el peine sonoro del viento, y la aurora, como una loca pastorcilla, derramaba sobre la tierra sus frescos cántaros de leche. . .”

c) “Otra vez el paisaje de mis montes ubérrimos; la carreta con los bueyes caninos resoplando en la loma; el ojo azul del lago mirando absorto al firmamento! Maravilloso mes de octubre que riega espigas y amapolas. . . Viejos puentes de morillos que gimen al paso de la recua; potreros con las milpas alineadas como si fueran batallones, y manchando la sombra de los chirimoyos, como un charco de sangre fresca, los tejados limpios, rojos, de Ario de Rosales”.

d) “Y la pila de mi casa cantaba su canción de siempre. Acaso me decía en secreto, cosas que yo no supe oírle y que, después, Ramón López Velarde, aprendió en la pila de su pueblo”.<sup>9</sup>

En *El Pueblo Inocente* nos ofrece esta hermosa estampa rural:

“Por la ventana del pajar asomó una gallina y trastornó en el suelo como quien vuelca un cesto de costura, los ovillos brillantes y sedosos de sus catorce pollitos. . .”<sup>10</sup>

Y, para concluir esta parte, en *Desbandada* destacamos esta línea:

“...una mañana de agosto, limpia y transparente como un capelo”.<sup>11</sup>

La lírica de Rubén Romero, como la de Maillfert, no es hermética, a la manera que la conciben algunos poetas contemporáneos, sino clara y franca, profunda y hondamente sensual. En ambos escritores la sencillez aparece como un imperativo. Largo resultaría anotar y transcribir en esta vez los párrafos y páginas que Maillfert dedicó a Michoacán en el tono sencillo y delicado que usaba. Baste decir que nuestros dos escritores parecen seguir las normas de sencillez que les marcaba Francis Jammes, desde su *Soledad Poblada*, o el maestro *Azorin* hablándoles del estilo.

La Librería Universal de Francia recogió las páginas que Jammes dejó inéditas en el momento de su muerte. Son estas páginas un código de sencillez para los poetas y escritores. “Ser simple es ser santo”, les dice. “Piensa que tu alma debe florecer en almas humildes. No pongas en tus palabras ni piedras preciosas ni oro, porque el vestido de tus palabras podría avergonzar al

<sup>9</sup> JOSÉ RUBÉN ROMERO. *Apuntes de un lugareño*. Barcelona, 1932, passim.

<sup>10</sup> JOSÉ RUBÉN ROMERO. *El pueblo inocente*. México, 3a. ed. Barcelona 1936, p. 53.

<sup>11</sup> JOSÉ RUBÉN ROMERO. *Desbandada*. 2a. ed. Barcelona, 1936, p. 153.

harapo del mendigo. . .” “Son tanto más bellas estas páginas, cuanto más se aproximan a lo normal de la vida; tanto más bellas, diría, cuanto se las siente menos escritas”.<sup>12</sup>

La misma sencillez predicaba *Azorin* cuando decía, refiriéndose al estilo: “¿Qué es el estilo? . . .Pues. . . mirad la blancura de esa nieve de las montañas, tan suave, tan nítida; mirad la transparencia del agua de este regato de la montaña, tan límpida, tan diáfana: el estilo es esto; el estilo no es nada. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: Esto no es nada. . .”

Lejos del amaneramiento la prosa de Rubén Romero, esa prosa tan maciza y tan plena, una de las mejores en nuestro idioma, por la espontaneidad y sano objetivismo con que está formada. Muy lejos también del amaneramiento la prosa de Maillfert, amasada toda ella con los materiales que le brindaron el paisaje y el estilo de vida michoacanos.

Los dos parece que seguían las normas del maestro francés o del maestro español. Don Rubén Romero habló siempre de su ignorancia. En diversas ocasiones y con varios motivos, expresó y levantó como bandera la confesión de su propia ignorancia y de su falta de estudio de las literaturas extranjeras. Claro que el maestro lo hacía para disimular sus errores. En verdad sí había leído a sus clásicos españoles y conocía a los autores franceses e ingleses. No debe desdeñarse la circunstancia de que, por muchos años, don Rubén trabajó en el servicio diplomático; que vivió en París y en Madrid, en Centro y Sud-América, y seguramente que entró en contacto con escritores y obras de aquellas latitudes.

Es de creerse que tan renovada e insistente declaración de ignorancia quería seguir al célebre poema de Francis Jammes, *Plegaria para Confesar su Ignorancia*:

*Regresa, descendiendo de nuevo a tu simplicidad.  
He visto las hormigas trabajando en la arena.  
Como ellas, corazón enfermo y tierno, sé prudente;  
cumple tu deber como Dios lo ha dictado. . .*

*Nada sé, no soy nada, nada espero,  
sino ver por momentos balancearse un nido  
sobre un álamo rosa, o en el blanco camino  
pasar un pobre, luciente de llagas sus pies.*

*Haz que al levantarme de la mesa hoy  
sea como aquellos que en este bello Domingo*

<sup>12</sup> FRANCIS JAMMES. *Páginas inéditas*. Librería Francesa, París, 1954.

extienden a tus pies, en la humilde iglesia blanca,  
la confesión pura y modesta de su simple ignorancia.<sup>13</sup>

Don Rubén hizo de la simplicidad su bandera literaria. "Mi literatura —dice—, volando a ras de tierra, se nutre con elementos de una simplicidad primitiva: la choza, el árbol o la fuente; mi estilo pudiera definirse como una mera transcripción de conversaciones plebeyas, y mi paupérrimo conocimiento de los seres, no necesitaría, por nulo, la clasificación de un Andrónico de Rodas..."<sup>14</sup>

El mismo Maillfert, en el retrato que hace de Romero en su libro capital *Ancla en el Tiempo*, dice que don Rubén "es de los que beben su inspiración echándose de bruces, como —junto al arroyo campesino— las gentes de su pueblo..."<sup>14</sup>

Y en el prologuito que escribió Maillfert para la misma obra, definía su propia concepción estética: "Yo no quisiera en ninguno de estos retratos *literatura*, si por ella ha de entenderse rebuscamiento e insinceridad. Así como cuando tenemos un bello cuadro buscamos para él un cristal límpido y sin fallas, que no altere la figura, que sólo la conserve mejor, yo quiero que mis palabras sean sencillas, y tan diáfanas, que las figuras se vean y se estimen como fueron o, en todo caso, como han sido en mi memoria y en mi corazón".<sup>15</sup>

Literatura espontánea y honda la de los dos escritores michoacanos a quienes hemos querido unir en estas páginas. Ninguno de ellos cedió terreno a lo artificioso ni se inclinó hacia el amaneramiento que fue característico de la etapa anterior a la Revolución. Desde este punto de vista los dos, Alfredo Maillfert y José Rubén Romero, fueron escritores revolucionarios, por más que el primero haya recibido una educación aristocrática y refinada, y el segundo haya forjado las armas de su estilo junto a la fuente del pueblo, de bruces como si bebiera el agua del arroyo.

Maillfert pertenecía, como se ha dicho, a una familia de hacendados michoacanos. Su abuelo materno era uno de los más pudientes hombres de negocios del campo mexicano. Cuando don Feliciano llegaba a Morelia, los círculos financieros se animaban y aquella era una noticia que se comunicaban con interés. La hacienda de San Marcos fue afectada por el movimiento agrario que trajo consigo la Revolución. Era de esperarse en el retóño de aquella familia de rudos agricultores, desposeídos por la ola justiciera, un tono airado de protesta y un rencor contra-revolucionario; y sin embargo no brotó el reproche ni la diatriba, porque aquel hombre era en sí un

<sup>13</sup> FRANCIS JAMMES. *Op. cit.*

<sup>14</sup> ALFREDO MAILLFERT. *Ancla en el tiempo*, ed. cit. p. 171.

<sup>15</sup> ALFREDO MAILLFERT. *Op. cit.* p. 7.

poeta, y poeta de su tiempo y de su hora, que atemperó los impulsos de su clase social para dedicarse de lleno a la lectura de sus libros favoritos y a la formación de su espíritu, no apto para el combate sino para el goce estético, en el que parecía abstraerse a tal grado que no vivía en el mundo de violencia que bullía a su alrededor, sino en el mundo de sus imágenes y sus libros, para él primordiales.

Estas abstenciones, ese ensimismamiento del poeta, lo hemos leído en sus mismas páginas. Cuando comenta *Los de Abajo*, de don Mariano Azuela, y se refiere a los sucesos de la Revolución, dice: "Teníamos diecinueve años... cuando comenzó la Revolución". "¿Qué fue para nosotros la Revolución?" "Nosotros —y este plural envuelve ahora no sólo ya a mi persona sino al ambiente todo". "¿Teníamos partido? Tal vez; pero, en realidad, nosotros teníamos otro partido..."<sup>16</sup>

¿A cuál otro partido se refiere el poeta? Nos dice que el Bosque de San Pedro se había quedado abandonado y polvoriento; ya no se miraban pasar los coches lujosos que conducían a la soberbia aristocracia; desde el kiosco, los domingos, ya no sonaban las notas dulces o melancólicas de las danzas de Elorduy; las familias principales habían huído y ahora ocupaban las casas los jefes revolucionarios que ufanos se asomaban a los balcones, como a fortalezas conquistadas; se escuchaban los cantos populares; "he aquí que había ocurrido un remolino, como una ardiente polvareda y pasaban ya otras gentes o las mismas, pero trastocadas". Y el poeta leía, leía, incansablemente; con sus libros amados pasaba por las llamas de aquel incendio que derrumbaba el mundo, el ambiente de sus mayores, y él imperturbable y sereno lo miraba destruirse como algo ajeno a su sensibilidad.

¿Quién acertaría a describir el estado de ánimo de aquel poeta formado en las duras disciplinas del autodidactismo, ante aquella violencia que le llegaba tan de cerca y a la que apenas prestaba atención, sin ánimo para defenderse? ¿Una conformidad y un secreto espíritu de justicia motivarían aquella abstención? ¿Un subconsciente afán renovador y rebelde, heredado en su sangre francesa, frenaría los impulsos y gozaría con la destrucción de aquel mundo suyo?

La Revolución Mexicana no fue solamente un movimiento armado para derrocar un régimen político ni para repartir la tierra ni para fortalecer la democracia. Fue todo eso, pero además fue también una rebelión de tipo cultural frente a los negadores de lo mexicano, frente al descastamiento de los extranjerizantes, que dudaban de la capacidad creadora de nuestro pueblo y se inclinaban hacia fórmulas extrañas en actitud de servil imitación.

<sup>16</sup> ALFREDO MAILLFERT. *Los libros que leí*. Imprenta Universitaria, México, 1942, pp. 109-113.



El autor de *Ancla en el tiempo* y *Laudanza de Michoacán* escogió el mejor de los caminos, el de la mexicanidad, el que arraiga y profundiza en la realidad mexicana, y exalta los paisajes y personajes nuestros, como a seres que merecen ser llevados a las páginas de la literatura nacional.

No son: Manzana de Anís, ni Clara de Ellebeuse, ni Almada de Etre-mont, sino son: don Angel, don Rafael el boticario, Próspero, las dos Conchas, don Marín, Comparán, Pachita Manríquez, Pastor el dulcero, Burgos el tendero, Carmen, Luisa, María, Rosa, Elena, Teresa, Adela...

Por distintos caminos, don Rubén Romero llegó a la misma meta que su paisano y contemporáneo. El no poseía la sólida cultura de Maillfert, pero supo ver a su pueblo en la hondura de su alma y trasladar los latidos de la Patria a las páginas de sus obras magistrales.

Estos dos escritores nos brindan una lección, que debemos aprovechar en estos días en que nuevamente se pone a discusión el sentido de la literatura mexicana. Cuando unos afirman que no debe cultivarse el descastamiento que se provoca por la lectura de los autores extranjeros, sino "desentrañar la verdad y la esencia del pueblo", y que "el camino de la universalidad es ser nacional"; otros copian a los extranjeros y "se mueren por citar nombres como Elliot, Kafka, Sartre..."

El ejemplo de Maillfert y Romero está marcando el camino justo. Ellos nos dicen que lo importante es observar, comprender, penetrar al pueblo, entender las responsabilidades del escritor en su hora, sin discursos y sin manifiestos, sino callada y lealmente; cultivar un patriotismo no de periferia sino de raíz; y sobre esas bases leer y asimilar lo extranjero, que ningún daño produce y sí sirve para ensanchar los horizontes de la creación literaria. No podemos encerrarnos mezquinamente, con la creencia de que en esa forma salvamos la esencia de nuestra cultura; ello sería suicida. Pero no podemos ni debemos olvidarnos de lo nuestro para traducir lo que otros escritores han sentido y pensado en circunstancias y medios históricos y culturales diferentes. Ni *malinchismo* ni *chauvinismo*, si se nos permite usar de esos términos nuevos, con los que suelen designarse esas dos tendencias.

Maillfert llegó a la literatura nacional por el camino de la lectura y de la meditación. Llevó a sus clásicos españoles a dar un paseo por el Sena, como dijo en un ensayo muy importante el maestro don Pedro de Alba. El fue, como su paisano Rubén Romero, de los "poetas de casta hispánica que sin olvidar la sangre de sus mayores, asimilaron las esencias del espíritu de Francia". "Esa fuente de sugerencias —dice el doctor De Alba— que se descubre en la poesía provinciana de México, que luego se vuelve manantial de emociones recatadas, acierta con el noble estilo de intimidad que es propio del simbolismo francés".<sup>17</sup>

<sup>17</sup> PEDRO DE ALBA. *Rubén Romero y sus novelas populares*. Barcelona, 1936.

Por el mismo camino llegaron al nacionalismo literario: Ramón López Velarde, José D. Frías, Manuel de la Parra, Manuel Martínez Valadez, Francisco González León, Alfredo Ortiz Vidales, Miguel N. Lira, y otros poetas y escritores que honran y enaltecen a las letras mexicanas contemporáneas. El ejemplo de todos ellos puede servir de norma a quienes buscan el rumbo en esta hora llena de confusiones y de sombras, de amenazas y de claudicaciones, hora en que brilla, como en todos los tiempos, más cercana y más luciente, la aurora de la libertad.